

Inmediatamente empezó el ataque de la segunda barricada, que debía resistir enérgicamente el ímpetu de los soldados victoriosos.

Montero esperó el ataque de pie sobre el parapeto. Este acto de serenidad y de arrojo contuvo á los fugitivos, y antes que empezara el asalto comenzó la resistencia.

De pronto vió Luis á Montero vacilar sobre la barricada; vió que la escopeta se escapó de sus manos, lo vió extender los brazos en el aire, doblar las rodillas y caer de cabeza por la parte interior del parapeto. No se detuvo; abandonó el balcón, y como fuera de sí se lanzó á la puerta que daba á la escalera.

Su madre, que lo había echado de menos en el oratorio, le salió al encuentro exclamando con angustia:

— ¿Dónde vas?..

— Voy — le contestó — á salvar una vida, y tal vez un alma.

— Yo voy contigo — dijo la madre asiéndose al brazo de su hijo.

— De esa manera me quedo — contestó el joven con firmeza.

La señora alzó los ojos al cielo, abrió la puerta de par en par, y señalándole la escalera, pronunció estas palabras:

— Vé y cumple tu designio...

Luis le besó la mano y desapareció, mientras ella se oprimía el pecho con ambas manos como si quisiera contener los impulsos de su corazón de madre.

### CAPÍTULO III

#### HERIDO Y PRISIONERO

En el mismo gabinete desde cuyo balcón hemos visto, aunque ligeramente, una de las sangrientas escenas del día 22 de junio de 1866, se encuentran dos personas de bien distinto aspecto, sentadas una enfrente de otra. La primera parece que está en su casa, según el traje y la actitud. Envuelta en una bata verde de largos cordones y anchos bolsillos, se reclina con completo abandono en los brazos siempre abiertos de una inmensa butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo, dejando vagar la mirada por los espacios del techo, y echando al aire de tiempo en tiempo suaves bocanadas de humo que extrae de un soberbio habano por medio de una arrogante boquilla de espuma de mar. Con sus prolongados bigotes, que se extienden hasta caer por uno y otro lado de la cara, con sus mejillas macilentas y un tanto hundidas, con sus piernas cruzadas y sus ojos soñolientos, parece el gran turco que fuma indolentemente descansando de las agitaciones del serrallo.

Esto, por supuesto, tomando la butaca por otomana, la boquilla de espuma de mar por pipa, y por turbante el vendaje que rodea su cabeza cubriéndole en parte la frente.

La otra persona ocupa una silla, sobre la cual mantiene el cuerpo derecho, si bien la cabeza se inclina hacia el suelo, donde al parecer tiene fija la mirada al través de los

cristales de las gafas con que surte á sus ojos de la vista perdida. En su frente, que empieza á ser calva, se marcan las arrugas de la gravedad reflexiva, y su fisonomía aguda revela penetración y viveza. La limpieza esmerada que se advierte en su modesto vestido, sus manos blancas y sus uñas perfiladas, la precisión rigurosa de sus patillas rubias, sobre las que empieza á caer la nieve de los años, descubren la coquetería natural de un hombre acostumbrado por necesidad ó por gusto al trato frecuente de la sociedad que brilla. Pudiera tomársele por un médico de esos que se ven favorecidos por espléndidas clientelas; pero, en primer lugar, no se advertía en él lujo alguno: en sus zapatos de charol se ve el polvo de la calle, señal evidente de que no anda en coche, y un médico famoso en Madrid no puede andar de otra manera. Además, se conoce que no tiene prisa, y semejante circunstancia es impropia de un médico. Bien observado, puede creerse que en medio del mundo real y positivo que lo rodea vive en otro mundo aparte que lleva dentro de sí mismo; su inteligencia respira, al parecer, la atmósfera de regiones desconocidas para el vulgo de los hombres.

El gran turco rompe al fin el silencio, y desembarazando su boca del humo del cigarro, exclama:

— ¡Oh!.. Gran chasco se lleva el que escuche nuestra conversación. Parece que á los dos se nos ha pegado la lengua al paladar. ¡Ea, hablemos de algo! Maestro, ¿qué dicen de nuevo las corcheas?

— Las corcheas, señor coronel — contesta el maestro, — hablan un lenguaje que no todos entienden, y dicen cosas tan grandes, que no encuentran expresión completa en ninguna lengua humana, y todo lo que dicen es verdad, porque todo lo que dicen se siente.

— Reconozco el poder de esas señoras. Ya sé que la música á las fieras domestica, y no ignoro que Orfeo le-



[GRAN CHASCO SE LLEVA EL QUE ESCUCHE NUESTRA CONVERSACIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vantó los muros de Tebas al son de su lira; pero yo, como usted ve, soy muy duro de cascos. Aquí tiene usted debajo de ese maldito vendaje que me cubre la frente la señal de una bala presuntuosa que aspiró á penetrar en mi cabeza.

— Afortunadamente, no pudo conseguirlo.

— Sin embargo, maestro, el golpe fué terrible, tan terrible que me hizo caer como un leño, dejándome á la vez sordo, mudo y ciego. Cuando volví en mí me llevé la mano á la cabeza, porque me pesaba tanto que creía que iba á aplastarme, y eso que descansaba sobre las cabeceras de esa cama, donde me han tenido sujeto como á un niño ó como á un loco. ¿Y para qué?.. Para conservarme una vida que no me sirve de nada... Aquí me tiene usted herido en la cabeza y oculto en esta casa, sin salir á la calle ni asomarme al balcón, porque, es claro, si me descubren me cogen, y si me cogen me fusilan; vivo indudablemente, pero sin vivir...

El músico se encogió de hombros y arqueó las cejas, cubriendo su frente de extensas arrugas, y dijo:

— Es verdad, y no veo más remedio que huir.

— Sí — replica el herido, — pero la fuga no es tan fácil en estos momentos, en que se ejerce escrupulosa vigilancia.

— La *fuga* es siempre difícil, caballero — exclamó el maestro. — Es lo supremo del arte. La fuga y el contrapunto, esa es la música.

— Muy bien. Por lo que hace al contrapunto, puedo asegurarle á usted que no me quita el sueño. Mi ambición se reduce á combinar una fuga en toda regla, cuya ejecución deje á la policía con la boca abierta. Ea, admirador de Mozart, invoque usted el genio del gran maestro. Una fuga; porque ha de saber usted que me buscan de veras, y al fin van á dar conmigo.

Miraba el músico al herido con ojos compasivos, y, en verdad, no tanto por lo apurado de su situación, como por el desdén con que hablaba de los sublimes misterios del divino arte. Para él se hallaba el universo entero encerrado dentro de la severa é interminable extensión de las cinco paralelas del pentagrama. Fuera de este mundo, poblado de melodías en que vagaba su espíritu, no encontraba en las vulgares realidades de la vida más que horribles desafinaciones. No obstante, se dignaba descender de las alturas de sus pensamientos musicales y tomar parte en las inquietudes del mundo.

— Comprendo — dice — que el caso merece pensarse. Después de haberse salvado del peligro del combate y de la gravedad de la herida, no es cosa de dejarse coger para..., friolera..., para ser fusilado... Sería un lance terrible. ¡Caramba! A Luis le costaría la vida. Imagínese usted que muchas noches de las que hemos pasado aquí velándolo, me decía: «Maestro, si Montero sucumbe, no me consolaré nunca de su pérdida.» Como nosotros dos éramos sus únicos enfermeros durante la noche, yo le veía agitado entrar como una sombra, inclinar la cabeza sobre la cama y espiar con ansia hasta los más pequeños accidentes. Unas veces movía la cabeza con desaliento, y exclamaba: «Sus manos arden, la respiración es entrecortada y penosa.» Otras se animaba diciendo: «Creo que la calentura descende..., me parece que tenemos hombre.» En fin, en todo este tiempo no hemos hablado de *ella* ni una sola vez, y *ella* es el tema obligado de nuestra conversación favorita.

El herido interrumpe al maestro, incorporándose sobre la butaca en que está casi tendido, y exclama:

— ¡Ella!

— Sí, *ella* — repite el músico. — Mi desesperación y la suya. Una mujer que á los dos nos ha hecho perder el juicio, á cada uno por su estilo. Pues bien; durante esas

noches no hemos hablado de *ella*; usted ha sido el objeto exclusivo de nuestras conversaciones... Vamos, es preciso que no se deje usted coger... Sería un desastre.

— Eso es lo que deseo; pero huir se me resiste, y, sin embargo, quiero vivir á toda costa. Debo tres vidas y no quiero morirme sin pagarlas: después no me importa que me fusilen. Jamás he pensado en pagar mis deudas, porque el dinero, sea la que quiera su importancia, no vale la pena de que un hombre lo tome en serio; pero deber la vida, ya es otra cosa, y deberla tres veces pasa de castaño oscuro. No me resigno á morir con semejante *déficit*.

El maestro, para quien no son desconocidos los rudimentos de la aritmética, pregunta:

— ¿Y cómo se pueden pagar tres vidas no teniendo más que una?

— La vida, músico insigne, representa diferentes valores: el que es dichoso no la da por ningún dinero; los desgraciados la dan hasta de balde. La mía no ha valido nunca gran cosa..., y, sin embargo, ha costado muchas; pero desde que la necesito para liquidar mis cuentas, me parece que vale tres veces más de lo que valía. Mas hagamos el cálculo de otra manera. Vamos á ver: ¿Qué cosa hay en el mundo por la cual diera Luis tres veces la vida?

— ¡Oh! — contesta el maestro. — Hay muchas.

— Veamos una.

— Por usted la ha expuesto ya dos veces.

— Cierto, la primera lanzándose sobre aquellos malditos caballos que iban á aplastarme. Desde aquel momento empieza nuestra amistad y mi deuda. Quise pagarle esta primera partida á su favor, enseñándole al inglés de *marras* cómo caen los hombres que tropiezan conmigo, pero las cosas se combinan de modo que va Luis al terreno y se deja herir por aquel farsante. Aunque á mí no me hubiera herido el secretario de embajada, paso por ello y

anoto en mi cuenta: segunda vez que le debo la vida. Preso en Canarias permanezco dos años; vuelvo, Dios sabe cómo. Todo estaba dispuesto para que nuestro triunfo fuera completo; nos echamos á la calle, y la fortuna nos volvió la espalda, los sargentos pagaron el pato y asunto concluído. Yo caí al pie de la segunda barricada y perdí..., vea usted qué cosa tan singular, la cabeza que jamás he tenido... Cuando pude darme cuenta de lo que me pasaba, fijé mis ojos turbios por la fiebre, y vi junto á mi cama á Luis..., que me recogió moribundo, y me recogió en su casa al mismo tiempo que mi gente huía y los soldados cargaban á la bayoneta. Sin este hombre, que parece el Angel de mi Guarda, habría caído prisionero, y á estas horas estarían acabando de curar mi herida para fusilarme. Tercera vez que le debo la vida; por consiguiente, señor músico, yo no entro en cuenta y vuelvo á preguntar: ¿Que cosa hay en el mundo por la cual diera Luis su vida tres veces?..

— ¡Oh!.. Hay una...

— ¿Cuál?

— *Ella...*

— Eso quiere decir que está perdidamente enamorado.

— Eso es.

— ¿Y no sabe la casa?

— ¡Oh! Sí la sabe.

— Entonces...

— Hay grandes obstáculos.

— Magnífico — exclama Montero poniéndose de pie. — Siempre he creído que es una tontería enamorarse, pero cuando hay obstáculos es preciso adorar á la primera que más insuperables los presente. Comprendo á Paris robando á Elena. Hubiera yo formado parte con mucho gusto de aquellos primeros romanos que dejaron viudos á los sa-

binos. Las dificultades son el más poderoso encanto de las mujeres; para mí no tienen otro. Antes se conquistaba el corazón de una mujer con la gloria de las hazañas..., habla que abrirse paso hasta ellas con la espada en la mano; el amor era el placer de los héroes. Ahora el corazón de las mujeres es más accesible, y el amor es la locura de los tontos y de los viejos... Pero vamos á nuestro asunto. ¿Ha tropezado Luis con la tiranía de algún padre inaccesible?..

— No — contesta el músico; — se trata de una huérfana.

— ¡Bah! En ese caso quiere decir que hay por medio un amante más ó menos millonario, que ha puesto los ojos en esa hermosa criatura. Convengo en que un Rothschild cualquiera es un rival temible.

— Nada de eso — replica el maestro. — *Ella* es rica y espléndidamente generosa.

— ¡Demonio!.. ¿A que nos encontramos aquí con un marido impertinente, que incurre en la extravagancia de adorar á su mujer, constituyéndose en odioso espía de todas sus acciones?

— Tampoco — contesta el músico. — No está casada.

— ¿No?.. Pues entonces, este calavera, que todo lo hace con tanto juicio, ¿de quién demonio ha ido á enamorarse? Vaya..., sin duda alguna ha puesto los ojos en la reina Victoria. Pues bien: aquí donde usted me ve, herido y prisionero, soy muy capaz de ir y robársela á Inglaterra, traérsela aquí á su propia casa, y decirle: «Luis, sé dichoso, estamos en paz.» ¡Qué! ¿Le parece á usted imposible?.. Pues eso mismo hizo Artagnan con Monk, y me parece que es más fácil robar á una mujer que á un hombre; Luis no vale menos que Carlos II, y yo valgo tanto como Artagnan; en cuanto á la reina Victoria, es para este caso bastante inferior á Monk. Claro está — añade, animándose

como quien ve la cosa hecha — que el robo de la reina Victoria hará que los ingleses pongan el grito en el cielo. Vendrán reclamaciones enérgicas, se mezclará Francia en el asunto y será el pretexto de la guerra continental á que todas las naciones de Europa se disponen; y si hay por el mundo algún Homero, tendrá ocasión de immortalizarse cantando las hazañas y los desastres de esta nueva *Iliada*. ¿Qué tal?..

— No lleve usted tan adelante el ímpetu de sus pensamientos. La cosa es mucho más sencilla y algo más difícil que todo eso.

— ¡Más sencilla, más difícil!.. — exclama Montero.

— Sí — añade el maestro. — Luis tiene puestos los ojos de su alma...

— ¿En quién?

— En una Hermana de la Caridad.

— ¡Hola!, ¡hola!.. Eso es original. Y dígame usted, ¿es correspondido?

— Antes lo era.

Montero se rasca la cabeza por encima del vendaje y pregunta:

— ¡Antes!.. ¿Qué quiere decir antes?

— Quiere decir que hace dos años se separaron.

— ¿Quién los obligó á separarse?

— Nadie.

— ¿Y después?

— Después no han vuelto á verse.

Montero se pasea de un extremo á otro del gabinete, y habla consigo mismo, pronunciando frases entrecortadas, de las que el músico no saca nada en limpio.

— ¡Hermana de la Caridad!.. — dice. — ¡Qué diablura! ¡Asaltar un convento de monjas!.. Al demonio se le ocurre... y ello es preciso...

De pronto se vuelve al músico y le pregunta:

— De todo lo que acaba usted de decirme no saco gran cosa en limpio, mas mi curiosidad no es muy exigente. Sé que nuestro hombre se halla ciegamente enamorado de una Hermana de la Caridad. Los pormenores del caso no me importan. Supongo que se vieron, que se miraron y que arrastrados por mutua é irresistible simpatía acabaron por adorarse; ésta es la historia de siempre. Dos años de ausencia son capaces de acabar con el amor más loco, y Luis, por ser original en todo, se empeña en ser á sus propios ojos un modelo inverosímil de constancia, haciéndose á sí mismo héroe de su amorosa novela. Perfectamente; á mí lo mismo me da... ¡Pobre muchacho!, es demasiado tímido para las mujeres, y deja que se le escape de entre las manos una conquista que no deja de tener mérito. Vamos, señor maestro, ¿en qué convento, en qué asilo, en qué casa de beneficencia se encuentra á estas horas esa Hermana de la Caridad, bien cruel, por cierto, pues no acude á curar la herida que ha hecho?

— Quizá — contesta el músico — se halle en París, tal vez se encuentre en la India, acaso en América, acaso en Africa..., y también es posible que haya muerto.

Al oír esta respuesta, Montero se deja caer en la butaca con visible desaliento; mas en su naturaleza activa é impetuosa los desalientos son pasajeros, porque su alma enérgica encuentra siempre un rayo de esperanza para persistir en sus propósitos, por descabellados que sean.

— ¡Muerta! — exclama. — ¡Oh! Eso lo veremos...

Y poniéndose nuevamente de pie, dice:

— Sólo me resta saber su nombre.

— Su nombre — replica el maestro — es un secreto que no me pertenece.

Le prometo á usted — añade Montero — que caerá en mis oídos como en un pozo. ¿Cree usted que yo abuse de esa confianza? Además, ¿qué crimen ha cometido esa buena

Hermana para ocultar de ese modo su nombre?.. Y para mí será un nombre desconocido... Teresa ó Juana, Antonia ó Manuela, no importan nada si no se conoce á la persona.

— Ciertamente — replica el maestro, — y por lo mismo, llámela usted Juana ó Antonia, Manuela ó Teresa, ¿qué más le da, si la persona le es desconocida?

Ninguno de los dos había visto á Luis, que acababa de llegar, deteniéndose en el quicio de la puerta, desde donde pudo oír las últimas palabras de Montero y la réplica del maestro. Éste añade:

— Imagínese usted que es una mujer, más aún, una Hermana de la Caridad... no puedo decir más.

Aquí Luis los interrumpe diciendo:

— Montero..., ¡qué curioso eres! Maestro, es usted demasiado escrupuloso... La mujer cuyo nombre quieres averiguar te es conocida, puesto que tú conoces á todo el mundo. Aguza, pues, el ingenio, y vamos á ver si la adivinas.

## CAPÍTULO IV

### LAS DOS CARTAS

No era el talento de Montero un talento, digámoslo así, especulativo, porque precisamente la reflexión era contraria á la índole de su genio; lo que no comprendía pronto, no lo comprendía nunca. Lo que Alejandro hizo delante de la ciudad de Gordios por desdén, lo hubiera hecho Montero por impaciencia; habría confiado al filo de su espada la resolución del problema, y habría partido el nudo famoso como el hijo de Filipo, exclamando: Lo mismo da deshacerlo que cortarlo.

Su pensamiento participaba de la prontitud ejecutiva de la pólvora; en él eran dos actos simultáneos pensar y ejecutar, sus ideas se convertían inmediatamente en hechos... Pertenece á esa clase de hombres que en el lenguaje común se designan con el dictado de *truenos*; pero más que el trueno, era el rayo.

No debía ser, por consiguiente, un ejercicio muy de su gusto la averiguación que Luis le proponía. Y ciertamente, los datos hasta entonces conocidos no eran excesivamente luminosos para despejar la incógnita del nombre que deseaba descubrir. No obstante, cerró los ojos y lanzó su imaginación aturdida por las obscuridades de su entendimiento. Andaba á tientas por los enmarañados caminos de su memoria, buscando una mujer conocida, indudablemente joven, y probablemente hermosa, capaz de infun-